

decer, y aun nos confundimos oyendo su historia), ni ninguno de los mártires, ni habia padecido Jesucristo, que todo lo añubla cuanto padecemos puesto delante de lo menos que él padeció; pero él ni nueva ni historia no tuvo de quien tal como él hubiese padecido, con quien se consolase; que es un género de desconsuelo ó necesidad con que, no solo se nota su trabajo deste pobre, pero el del santo Job, como en su discurso se dijo, y aun puede advertirse en todos los que comenzaron á padecer. Y sobre todas estas cosas juntas, se pareció en otra con Job, que allí del se dijo, que es padecer en la honra y estimacion (como san Crisóstomo advierte), que es una cosa harto triste, porque en aquel tiempo no juzgaban ni estimaban mas á los hombres de cuanto los veian prósperos ó afligidos con adversidades; la cual opinion vulgar aun en estos tiempos no está acabada de extirpar. Como los amigos de Job le fatigaban, especialmente Elifaz, cuyas razones y argumentos se encaminaban á convencerle que porque era malo padecia todos aquellos trabajos; lo cual no era el menor que él padecía, como allí se dijo. Y lo mesmo le acaeció á san Pablo cuando le mordió la víbora, que dijeron los bárbaros: Este escapó de la tormenta y la justicia de Dios no le dejó vivir. Que, como atrás queda dicho, es una cosa que suele afligir mucho al que padece, por humilde que sea.

Estas son las adversidades, sin otras muchas, que padeció juntas este pobre Lázaro. No es muy dificultoso de averiguar si las padeció con paciencia, pues del texto del Evangelio se colige, donde dice que murió tambien el pobre y fué llevado al seno de Abraham, que es al lugar donde Abraham estaba, donde se recogian y abrigaban los amigos de Dios á esperar que por la muerte del Salvador en la cruz se abriesen las puertas de los cielos, donde habian de vivir para siempre. Y no es sin misterio el decir que los ángeles, y muchos, le llevasen; porque, aunque el alma no tiene peso, y el ángel es de tantas fuerzas, que uno solo mueve todos los cielos, alude al aplauso que hacen los que miran al vencedor en cualquiera pelea, especialmente los estudiantes en las universidades, que todos llevan en peso al nuevo catedrático; y así los ángeles (que, como de la pelea del Señor en el desierto y de las del Apóstol, sabemos asisten á nuestras peleas), viendo vencedor al pobre Lázaro, le llevaban en palmas al lugar de los vencedores, celebrando su vencimiento; ó son semejantes á los indios, que, después que un español desembarca acabada su trabajosa navegacion, le llevan en hombros á gozar de aquella tierra, que, comparada con el trabajo pasado, es un paraíso. Así hacen los ángeles después que el justo ha acabado las tempestades y peligros desta miserable vida, si no tiene que purgar en el purgatorio, como este no tenia, por haberle tenido en esta vida tan riguroso, y por la gran paciencia con que sufrió sus trabajos; como da á entender san Basilio cuando dice que por eso repartió Dios á unos la abundancia, á otros la pobreza, para que el rico gane el cielo con la buena dispensacion y el pobre con la paciencia.

Ahora veamos, sabida en breve la historia y los contentos de ambos, que ambos los tuvieron, aunque no juntos, y las necesidades de ambos, que el uno deseaba

una migaja de pan y no la alcanzó, y el otro una gota de agua y no la alcanzó; el rico harto y abundante, y el pobre después abrigado en el seno del que buscaba los pobres por los caminos; dime agora, ¿cuál de las dos suertes quisieras mas si te dieran á escoger? ¿La del rico ó la del pobre? No sé qué responderas. Yo, á lo menos, mas quisiera estar arrojado en aquel suelo con el pobre, deseando las migajas y careciendo dellas, con toda su lepra y enfermedad, maltratado de la inhumanidad de aquella gente, que no á la mesa con la abundancia del rico. ¿Qué le aprovechó á este su púrpura, sus holandas, sus banquetes, sus criados, sus músicas, sus bur-ladores, sus lisonjeros, sus caballos, sus cocineros y despenseros y mayordomos? Y al pobre Lázaro, ¿qué le dañó la falta de todo esto, hasta faltarle el sustento, cama y salud? Creo que habrá pocos tan ciegos y enemigos de su alma, que no sean de mi parecer. Y pues escogieras, hermano, tanto mal á trueque de tanto bien, conténtate, hermano, y alaba al Señor, que premio su paciencia, por haberte dado tan ligera ocasion como tu trabajo, y tanto favor para tenerla. Y cuando por obra del demonio, de las púrpuras, coronas, tiaras, riquezas y contentos y deleites te tomare codicia, pon los ojos en este miserable rico y en el paradero adonde por estas cosas aportó, y con la buena eleccion que agora destas dos suertes haciamos, abrázate con tus trabajos para que con los buenos temas (como san Gregorio dice) de cualquier prosperidad que te venga, y poniendo al pobre Lázaro con su paciencia y premio della delante de los ojos, te confortes y consueles en cualquiera adversidad, por grande y intolerable que te parezca, pues padeciendo lo que della te cupiere con el sufrimiento que él padeció, gozarás al cabo de la gloria y descanso de que él para siempre goza. Amen.

DISCURSO VII.

De la paciencia en los trabajos á ejemplo de la Madre de Dios.

Aunque en este quinto libro, donde se trata de solos los ejemplos de paciencia, no propusimos de tratar de todos los que lo podian ser, que son infinitos y admirables, sino solo de aquellos que especial y señaladamente nos señaló Dios por dechado de la que habiamos de tener en nuestros trabajos, para estudiar de imitarla, no viene fuera de propósito tratar de la que en los suyos tuvo la Madre de Dios, pues no solo en esta virtud, pero en todas las demás nos fué dada por especial ejemplo y dechado, pues después de su precioso Hijo, que fué el medio y fuente de todas ellas, ninguno las ha tenido tan grandes y perfectas, que con las suyas puedan con muchas leguas compararse. Y en este sentido canta la Iglesia cuando en su fiesta pone aquel verso del salmo: Sus fundamentos están en los mas altos montes. Que á este propósito quiere decir que lo que es menos de virtud en la Virgen, excede en perfeccion á lo mas alto de los otros santos; lo cual pareceria claro discurriendo por todas las virtudes, porque en comparacion de su humildad la nuestra parece soberbia; y si es verdad que á la medida de la humildad y caridad sube la bienaventuranza ó baja, como parece en Cristo, de quien dice san Pablo que por haberse humillado hasta la muerte de

cruz fué ensalzado y recibió honra y nombre sobre todo nombre, y la Iglesia nos dice que la Madre de Dios es bienaventurada sobre toda criatura pura, señal es que la humildad fué sobre toda pura criatura, y así podríamos discurrir en todas las demás virtudes si todas vinieran aquí á propósito; y porque no vienen, sino sola la paciencia, de sola ella se ha de tratar, que, por ser la mayor que en el mundo se ha visto después de la del Redentor, se debe tener legítimamente por dechado de los que della en sus trabajos tienen necesidad.

Los desta Señora fueran de todo punto increíbles si la fe no nos lo dijera, y tan continuos y perpetuos, que toda su vida se puede llamar un perpetuo trabajo y dolor; porque, dejados aparte los que no sabemos por revelacion, sino solo barruntamos y sacamos por los demás, que son los de antes de casada y del tiempo que nos callan los evangelistas de la vida del Señor, desde que de doce años disputaba en el templo con los doctores hasta que fué bautizado en el Jordán, que tampoco sabemos de la de su santa Madre, lo demás que de su vida sabemos todo fué trabajos gravísimos, y tan ordinarios, que unos á otros se alcanzaban, y algunos nunca cesaban; porque, comenzando de la salutacion del ángel, allí padeció gran turbacion, así en verse saludar con tanta cortesía, lo cual procedia de su profunda humildad, pues donde la hay verdadera son tan insufribles las alabanzas como en el soberbio los desprecios, y mucho mas. Fuera de eso, antes que alcanzase el misterio de su entereza que habia de tener después del parto, le daba increíble pena y sobresalto el pensar si habia de perder su limpia virginidad aun con tan alto y aventajado interese como era quedar madre de Dios. Después desto, ¿quién podrá encarecer la afrenta en que se vió todo el tiempo, hasta que el ángel vino á desengañar á su esposo, de verse preñada delante de su presencia del santo Josef, que sabia clara y evidentemente que no era suyo el preñado? Que fué menester ser él tan santo como era para que ella no le fuese acusada de adulterio, solo por no descubrir el secreto de la encarnacion del Hijo de Dios hasta el tiempo que fuese Dios servido de descubrirlo; pero entre tanto piense cada uno en qué afrenta se veria, viendo que, aunque no habia culpa, era evidente el hecho, y tan raro, que nunca hubo ni ha de haber otro al cual, por santo y bien intencionado que fuese su esposo, pudiese pensar que podia ser semejante. No sé yo trabajo como este, ni se halla escrito en historias sagradas ni profanas; solo tiene con él alguna semejanza (y quizá se la puso el Espíritu Santo para figurar el de la Virgen) el de Benjamin, cuando los ministros y criados de Josef, después del buen tratamiento que habia hecho á sus hermanos, fueron á voces tras ellos al salir de la ciudad, diciendo qué mal pago habian dado al Gobernador por su buen tratamiento, pues le llevaban su taza, en que solia él adivinar, hurtada. Ellos, agraviados de que de gente tan honrada y de buenos padres se pensase cosa tal, alegremente se desnudaron y ofrecieron los costales de trigo para que en todo su hato se busease la taza, consintiendo en que aquel en cuyo poder se hallase fuese por ello muerto, y todos ellos, allende de eso, esclavos del Gobernador: tan seguros estaban que ninguno se hallaria en tal cosa

culpado. Llegando pues á desenvolver la carga de Benjamin, y hallada la taza dentro, ¿quién podrá decir la vergüenza y la pena y turbacion del pobre mozo, que veia la evidencia del hecho, aunque tambien la tenia de su inocencia? Y ¿quién podrá encarecer la confusion de los hermanos cuando parecieron delante de Josef, sabiendo que no tenian culpa, y por otra parte se veian convencidos? Pues deste género era la pena de la Virgen con su preñado delante de su Josef, que, aunque tenia de su limpieza, fidelidad y inocencia evidencia clara, la tenia tambien su esposo del preñado y de no ser de su cama, pues nunca la tuvo con ella comun. Pero, aunque aquel caso de Benjamin se parece algo con este, y creo que le figuró; pero, consideradas las personas y el caso, mayor fué sin comparacion la turbacion que la Virgen tuvo, aunque con tanta prudencia y silencio como el texto significa.

Pues llegado el tiempo del parto, no se puede decir la pobreza con que parió en un vil establo, en casa ajena, en lugar extraño, sin criadas, sin cama, sin fuego, sin servicio, sin regalo ninguno. ¿Qué diré de cuando la mandan salir de su casa, tierra y parientes, y caminar á Egipto? Salen de noche en invierno por desiertos, caminos arenosos, que apenas pasaban camellos por ellos, acompañada con solo su esposo, una doncella tan tierna. Y puesta allá, ¿qué vida seria la suya seis años entre bárbaros, crueles, idólatras? Y si san Pablo se desahacia cuando llegó á Atenas, viendo quitar á Dios la honra que se le debía, y darla á palos y piedras, ¿qué haria la Virgen, con mas conocimiento y amor de Dios que san Pablo? Ganaba la Virgen la comida á puro trabajo, con la mayor pobreza que jamás se pensó; lo cual parece algo en que la mandan salir al destierro, de su casa antes que amanezca, y así lo hizo, y es alguna señal del poco ajuar que en ella tenia de qué disponer, y menos raíces y posesiones; que cuando del reino de Granada mandaron salir los moriscos, con ser gente tan pobre, les daban tres ó cuatro dias de término para vender una olla y cuatro platos y un cenacho; menos alhaja seria la de la Virgen, pues tan fácilmente y tan presto la mandan salir, aunque eso que habria dejó ella con prestísima voluntad; que, como ni ello debía de ser tanto que se notase la brevedad de la huida, así aunque fuera mucho, no reparara ella sino en solo obedecer. Pues después de vuelta, considérala cuando pierde á su Hijo, las ansias y dolores que padeció hasta que lo halló, y de allí adelante con qué trabajo le criaba, con cuánta necesidad, cómo sentiria ver al que todo lo viste, las carnicitas defuera, cómo le servia, los temores de perderle, los caminos que anduvo á pié esta tierna doncella siguiendo á su Hijo por caminos, por ciudades, por villas y castillos, de día y de noche, do quiera que predicaba. ¿Qué dirémos de las congojas y cuidados, mayormente entre tantas contradicciones y asechanzas, tanta ingratitud de los que recibian salud y otros beneficios de sus manos? Y desde que Simeon le dijo en el templo aquellas palabras, que una espada de dolor habia de atravesar su santa ánima, siempre la tuvo atravesada, andando con perpetuo temor de lo que sucedió, fuera de que ella lo tenia por revelacion y por relacion de su santísimo Hijo, y ella sabia que su encarnacion

había sido para padecer tormentos y derramar sanare, y sufrir oprobrios y muerte para redención del linaje humano, sabiéndolo también por la ordinaria y atentación y por boca de su Hijo, el cual, no menos que á sus discípulos, le abrió su sentido para entender las escrituras; á ellos dijo muchas veces su pasión antes de padecerla, y ella meditaba en ella como en cosa que á su Hijo agradaba que se pensase y traía él siempre en su pensamiento; de donde decía que andaba apretado y congojado hasta ponerla por la obra; de que á ella le nacía, por una parte gran admiración, y por otra gran amor. Consideraba la majestad de Dios y la vileza de los hombres, la fealdad y gravedad del pecado, la aspereza de las penas, el gran beneficio y la gran ingratitud; pero el dolor era acerbísimo cada vez que miraba ó trataba aquellas manecitas, que habían de ser traspasadas con clavos; aquella santa cabeza, donde encerró Dios los tesoros de su sabiduría, que había de ser barrenada con espinas; las espaldas, que habían de ser, hasta descubrir los huesos, cruelmente azotadas; y así de todos los demás miembros del santo cuerpecito que envolvía.

De manera que lo que al cabo había de padecer, con su continua consideración lo tenía siempre presente, que es uno de los grandes tormentos que Cristo padeció cuando en el huerto se le representaron los suyos; y tal dicen los doctores que le tienen los condenados con el pensamiento de lo que en la eternidad les queda de padecer. Pues viniendo á los azotes que su Hijo recibió y á la corona de espinas y á los demás tormentos y afrentas de aquella noche, no hay lengua humana que llegue á poder decir lo menos que hay que ponderar; porque, si es verdad lo que Simon Metafraste dice, que se halló esta Señora presente á los crueles azotes de su Hijo (como es muy posible y fácil de creerse semejante crueldad de los verdugos, que tan fiera la usaron en el número de los azotes, y su furia contra un inocente Cordero), ¿qué lengua hay que acierte á contar ni decir lo que la Madre sentiría en ver los crueles verdugos remudados y cansados, antes que hartos de atormentar á un Hijo que ella tanto amaba, delante de sus ojos desnudo y amarrado, callando su boca, sin quejarse, y al cabo tendido en aquel suelo, despedazado? Porque si en la ley se mandaba que los azotes del malhechor no llegasen á cuarenta, y da la razón, porque no quedase allí aquel hombre, que era su hermano de los castigadores, despedazado delante de sus ojos; y así dice san Pablo que cinco veces se ejecutó en su persona; pues si este temor muestra la ley de solos cuarenta azotes, ¿qué tal quedaría este inocentísimo y tierno mancebo con mas de cinco mil, dados con tanta crueldad? Verdaderamente es cosa que agota todo humano entendimiento. Pero cuando el dicho del Metafraste no sea cierto, bien sabía esta Señora los tormentos que su Hijo había de padecer esta noche; porque, demás de otros caminos por donde lo tenía sabido, lo había oído muchas veces de la misma boca de su Hijo cuando á sus discípulos decía, especialmente en el sermón de la cena, en el cual, según el mismo Metafraste dice, se halló ella presente, aunque no á la misma cena; y en parte le era mas penoso pensar con tanto dolor y no poderse ha-

llar presente; porque, aunque dice el refrán que ojos que no ven corazón que no llora, del cual usó san Bernardo; pero, atento á la crueldad de los ánimos que los fariseos tenían embravecidos contra su Hijo, y la mansedumbre y gana con que él se ofrecía á los tormentos, no es mucho que ella entendiese y temiese que serían tan grandes como ellos fueron, de manera que aquí no tuviese lugar aquel refrán, mayormente que con su buen entendimiento y mediante las revelaciones que tenía del cielo y con la continua lección de las santas escrituras sabía la rabia que en su Hijo habían de ejecutar los enemigos, y que aquella no podía faltar; hasta decir Esaias que el Padre Eterno por manos de aquella gente cruel le había de moler y desmenuzar.

Y si por ventura esta consideración de los trabajos de su Hijo le fué ó había de ser ocasión del alivio que naturalmente tienen los hombres que están prevenidos de lo que les ha de acaecer, y así no tendría tanto sobresalto al tiempo que le viese salir azotado y afligido, con ojeras, sin color, las barbas mesadas y lleno de cardenales de los palos, bofetadas y torniscopeos, á lo menos sería doblado el dolor y tormento de su alma cuando le viese salir coronado con aquella cruel invención de corona de espinas, para el cual dolor, ni con escritura, que sepamos, ni con historias ni con costumbre de la mas cruel y bárbara gente del mundo y mas enemiga del linaje humano, pudo estar muy prevenida, porque ni en imaginación de ningún tirano se lee ni cree haber caído. Y así, entiendo que cuando la vió, el dolor fué tan repentino, tan grande y desmesurado, que le atravesó el corazón, y se le tuvo apretado todo el día hasta que su Hijo espiró. Porque, como sus dolores corrían á las parejas con los de su Hijo cuanto al tiempo que duraban, aunque no eran todos iguales, porque, pasado el azote, poco después se acababa el rigor de su dolor, aunque el siguiente le refrescaba la bofetada, luego se acababa, aunque otra le seguía, y asimismo los palos, ó duraba poco el dolor dellos, ó ibase remitiendo; de suerte que, aunque ningún tiempo ni punto del estuvo sin muchos y muy graves dolores, que causaban los golpes, heridas y llagas que aprieta recibía; pero la corona, como perseveraba en su santísimo cerebro, dividiendo la carne, tocando en el hueso, despegando el nervio y no dejando cerrar los agujeros ni dando lugar á que la naturaleza los cerrase, siempre conservaba aquel primer dolor, creciendo cada vez que la santa cabeza con palos ó cañas era herida, ó requerida la corona y apretada porque no se cayese della; y así, este dolor, como fué continuo y sin cesar en el Redentor, así lo fué en su santa Madre, hasta que con su muerte se trocó con los demás dolores, y hasta la resurrección, que todos los que eran de pasión se acabaron del todo, etc.

§. II.

De los dolores de la Virgen en todo el viernes de la Cruz.

Sola la Virgen pudiera bien contar lo que padeció el viernes de la Pasión; en el cual, aunque se podía presumir que se halló á todas las cosas, y no falta quien lo afirma que le vió, con todo el pueblo, cuando Pilato se le enseñó y dijo: *Ecce homo*; y tal, que el mismo Pilato

le tenía compasión, y oyó la grito y vocería de aquella canalla incitada de aquella gente hipócrita, y que vió allí la cruz aparejada y aun cargarla sobre los tiernos hombros de su Hijo; pero yo entiendo que cuando el Redentor salió del cenáculo para mas no volver, ella se fué á su casa, y él se despidió allí para ir á padecer. Cuando salieron al huerto (y él se lo diría), ¿cuáles serían las lágrimas de aquellos últimos abrazos, cuando para una partida tan amarga se despedía de un Hijo tan bueno, solo y su descanso, con quien, fuera del amor natural y el infuso, había vivido y adquirido otro por espacio de treinta y tres años, representándose lo que aquel día había de padecer? Pues él no se apartaría sin lágrimas; él, que lloró con Marta y María. Mucho sentimiento fué el de Jonatás cuando de David se apartó, y la mujer de Tobías á la partida de su hijo, y las madres de los niños inocentes cuando para matarlos se los quitaban de sus brazos; ¿cuánto mayor sería el de esta Señora á la partida de tal Hijo, y para padecer? ¿Cuántas veces y con cuánta mas razón diría la Virgen con lágrimas y sollozos lo que David decía del mal hijo Absalon: ¿Quién me diera, hijo mio, que muriera yo por tí, para que tú vivieras y no viera yo tu muerte? ¿Cuál quedaría esta Señora con soledad de tal Hijo? Muchos cristianos, á cabo de tantos años, con grandes afectos de admiración, tristeza, compasión y amor rompen las telas del corazón con este pensamiento, ¿cuánto mas, quedando su Madre esperando la nueva de lo que entonces se hacia y ella sabía? Que, aunque la Escritura lo calla aquí, muchos santos dicen que por mensajeros sabía muy á menudo cuanto se hacia. Mientras oraba estaba cada credo con nuevos sobresaltos; venían san Juan y otros llorando. Considera tú agora su corazón cada vez que llamaban á la puerta, hasta la hora de sexta: unos le decían la negación de san Pedro, otros la bofetada, otros los azotes, salivas y burlas toda la noche en casa de Caifás; otros la sentencia, otros las sogas con que le llevaban de Caifás á Pilato, otros á Júdas ahorcado, otros la vestidura blanca con que fué remitido de Heródes, otros la petición de Barrabás para la vida y al Señor para la muerte, otros los segundos azotes y espinas, otros cubierto de sangre, salivas, polvo, púrpura, caña, atadas las manos, y que así había salido delante del pueblo, do no se esperaba mas que la sentencia de muerte. ¿Cuál estaba el corazón que tantos cuchillos partían cuantos mensajeros venían? Con solos cuatro rompió Job sus vestiduras; esta Virgen ninguna cosa destas hizo.

Oída la sentencia que se había pronunciado, fué esta Señora á mas andar al lugar de la justicia, procurando primero verle pasar desde algun lugar alto, desde donde vió, lo primero, los ministros con escaleras, martillos, clavos, sogas y con otros instrumentos, que con mucha priesa iban delante; tras ellos gran tropel de gente con mucha priesa á tomar lugar, como suele hacerse, unos riendo, otros gritando, otros mofando; tras ellos el escuadrón de soldados, y en medio dellos dos ladrones atados con sogas, y junto á ellos su Hijo Jesus, arrodillando con el peso de una grande cruz, herido de los ministros cruelmente, sacado de paso con sogas y con golpes, con pies, con puñadas, con palos,

con correas, moviéndole con empujones de una parte á otra, y no pocas veces caía en tierra; el rostro enconado, cubierto de salivas, de sangre y de polvo; las manos y los pies no descubrían otra cosa sino sangre ó carne sangrienta; la corona de espinas barrenaba la cabeza y le cubría el rostro. La Virgen, cuando le vió así, dijo: ¿Este es mi hijo Jesus y mi Dios? La túnica conozco, el rostro no le veo; y otras palabras como estas. Al Hijo, aun yendo así, no se le escondió la Madre; que, aunque por la distancia no podían hablarse, con la vista se consolaban dulcemente. Pasando la gente adelante, seguía atrás la Madre con las otras mujeres, contemplando las gotas de sangre que del cuerpo de su Hijo había corrido. Y aunque le era de gran consuelo oír la voz de su Hijo, pero gran temblor le causó oírle hablar consolando las mujeres; pero mucho mas cuando, acabándose las de hablar, acudieron los ministros con nuevos empujones, pareciéndoles que se detenía lo que tanto deseaban, como era ponerlo en la cruz.

Pues llegados al monte, vistos los amargos instrumentos de su muerte, fué tanta la gente que cargó al rededor del Señor y de la cruz, que no podía la Virgen ver por menudo lo que contra su Hijo se hacia; pero de la grito de los ministros y de la demás gente entendía poco mas ó menos lo que se iba haciendo, y en cada cosa se renovaba su dolor. Pero cuando sonaron los golpes de los clavos, ¿quién duda que los sentiría en el corazón mas agudos y dolorosos que si en sus propios pies y manos los recibiera? Pero, levantada en alto la cruz, ¿con cuáles ojos miraba la Madre al Hijo que tanto amaba puesto en alto para oprobrio de los presentes, corriendo de su cuerpo inocente arroyos de sangre? ¿Quién duda que correrían otros tantos de lágrimas de sus ojos? Lloraban aquellas santas mujeres y los demás amigos y conocidos, y con sus lágrimas se renovaba y crecía el dolor de la Madre. ¿Qué pensamiento tendría en su corazón cuando viese aquel santo cuerpo, limpio mas que el cielo, despedazado y desfigurado con tantos azotes, cuando le vió puesto en alto, sacudido y herido, procurando que entrase la cruz en un pequeño agujero? Y entre tanto que los malvados ministros le alzaban no cesaban de herirle con manos y palos, no oía palabra ni queja de su Hijo; porque, sufriendo con mansedumbre todos los tormentos, callando, rogaba al Padre por los que se los causaban.

Entre tanto la Madre con Juan y la hermana y María Madalena, procuraron, rompiendo por entre la gente, pasar donde estaba la cruz, por ver si podían ser de provecho al servicio ó consuelo de su Hijo. A lo primero estorbaba la altura de la cruz, á lo segundo el dolor y las lágrimas. Mirábanse á la Madre y el Hijo; procuraba hablar la Madre, y el dolor atajaba la voz; pero, aunque con ella ni con la obra no podía ayudar al Hijo, quedóse en pié junto á la cruz; desde allí contemplaba las llagas por menudo, allí las recibía en su corazón, cumpléndose lo que Simeon le había dicho de la espada de dolor que había de traspasar su alma. De manera que la Reina de los mártires vino á serlo con llagas y heridas, no suyas, sino de su Hijo; el cual, aunque á algunos santos hizo tanto favor, que imprimió en su carne algunas de sus llagas, pero el que hizo á su Madre fué

imprimirlas todas en su corazón, y que en él las sintiese. Contemplaba primero que el peso grave de su cuerpo colgaba de los dos clavos de las manos, y los brazos estirados y todo el cuerpo extendido con violencia, la cabeza barrenada con espinas, el rostro enconado de golpes, el cuerpo abierto de llagas; finalmente, ninguna cosa, por menuda que fuese, dejaba la Madre de advertir y en que no ponderase los dolores increíbles de su Hijo. ¿Quién creará las lágrimas que entonces deramó, pues que muchos cristianos de solo oír esta historia con mediano amor de Cristo se resuelven en ellas? ¿Qué sería la Madre, y teniendo la historia presente? Aumentábasele los dolores con lo que veía á los judíos hacer y á los carniceros: unos mofaban moviendo la cabeza, otros repartían las vestiduras hechas por su mano, otros con desvergüenza le ofrecían hiel y vinagre, bañando con ello su pecho y sus llagas, con que se aumentaban los dolores; los demás no perdonaban cosa que fuese burla, injuria ó tormento. ¿Cuál estaría el alma de la Virgen oyendo tantas blasfemias, injurias, mofas, calumnias de fariseos, judíos, soldados y ladrones? Unos ponían dolencia en los milagros y les daban al demonio por autor, otros calumniaban la doctrina, otros burlaban de la vida; finalmente, no había quien no hiciese suertes en aquel manso Cordero, y aun á la misma Virgen (por ventura) no faltaba quien injurias y deshonrase. Las palabras del Hijo, aunque pocas y breves, penetraban el alma de la Madre, así por el trabajo con que se decían como por el amor con que se hablaban, como por los sollozos con que se mezclaban, como por la dificultad con que por la sed salían; porque el mismo Cristo dijo antes en un salmo: Pegóseme la lengua al paladar. Crecía en la Madre la pena por la caridad con que el Hijo hablaba, y tan mal agradecida, porque hasta allí en la vieja ley nunca se vio rogar por los enemigos; antes Eliseo rogó contra los muchachos que le mofaban, y David, bien que perdonó á Semei cuanto le duró la vida, pero en la muerte dejó mandado á Salomón que vengase aquella injuria. Pero Cristo á los que le crucificaban, no solamente perdona cuando vive, pero muriendo ruega al Padre que los perdone. Otro tiempo vengó Dios un desacato ligero cuando Oza llegó con menos reverencia á su arca; los beseemitas, porque la miraron con curiosidad; al pobrecillo, porque hizo un haz de leña el día del sábado, le manda el mismo Dios apedrear. Pero el Hijo de Dios, no solo cuando le miran sin reverencia ni cuando le tocan con las manos, pero cuando le tratan cruelmente con penas y tormentos, azotado, despedazado, no solamente no da mal por mal, pero, sin ser rogado, pide con instancia al Padre que no lo demande. Maravillábase la Madre de la mansedumbre y misericordia del Hijo, que á un ladrón tan pecador y facineroso por una sola palabra le perdonase tantos pecados y le prometiese el paraíso. La tercera palabra sacó grande abundancia de lágrimas á la Madre, considerando, lo uno, la grande piedad con su madre, de quien entre tantos tormentos se acordaba; lo otro, por la desigualdad del trueque de un Hijo santísimo y Hijo de Dios por un pescador, hijo de otro pescador. En la cuarta palabra también entendía las interiores ansias de su Hijo, á quien el Padre

con ningún socorro acudía; antes estaba blandiendo la espada, como Abraham, sobre su hijo. En la quinta palabra entendía la gran sequedad de humores de su cuerpo, la sangre agotada y las generales penas de todos sus miembros. En la sexta entendió la perfecta resignación de su Hijo en la voluntad del Padre, y el amoroso deseo y la prontitud de padecer aun más, si menester fuese, por los hombres; y todas estas palabras, aunque las asentaba y repetía en el corazón, y aprendía dellas y del ejemplo de su Hijo, pero causaban en su alma increíble tristeza y ternura; pero en la última palabra, en que entendió haberse partido su Hijo al Padre y quedar ella desamparada de su presencia y compañía, aunque atento al bien del mundo y estar ya cumplidos y acabados los tormentos increíbles de su Hijo, pero alligábase la ausencia de aquel Señor, de cuya suavísima conversación había gozado treinta y tres años; así que, dolíase de su suerte, aunque se holgaba de la desu Hijo.

El sentimiento que esta Señora tuvo cuando vio á su Hijo muerto no nos lo dicen los evangelistas, no porque uno de los que escriben la historia no se hallase presente y participase de la amargura, de la muerte de su Señor y Maestro, sino porque el entendimiento humano no es capaz de tan profundo y altísimo pensamiento; pero dicen los evangelistas el que las criaturas insensibles tuvieron, para que de allí entendamos algo del que tuvo y padeció la Madre de Dios; como hizo aquel famoso pintor Timántes, que, pintando la lastimosa muerte de Ifigenia, hija del rey Agamenon, habiendo pintado al rededor mucha gente lastimada, unos alzados los ojos y las manos al cielo, las mujeres rotos los tocados, los viejos bañadas las barbas canas con arroyos de lágrimas, y otros con otros semblantes de compasión, cuando llegó á pintar al padre de la doncella, que estaba presente, no llegó el arte á saber pintar su tristeza y dolor, porque todo el encarecimiento que él alcanzaba con su arte había puesto en los extraños, que no le habían nada á la defunta, y á pena de mala pintura, había de exceder la tristeza del padre tanto á la de los demás, cuanto va del amor de padre al del que no lo es. Así, no se atreven los evangelistas, después de haber dicho que la Virgen estaba presente en pie, á decir cuánta era su pena, así porque por su prudencia no la mostraba toda, como por haber puesto en la historia el sentimiento de tanto extremo de las demás criaturas; porque el sol se puso luto, oscureciendo su luz fuera del tiempo y órden de naturaleza, porque no lo era de eclipse del sol, pues, según la cuenta del Evangelio, eran quince días de luna, ni había nublado, ni cuando le hubiera, ninguno era bastante á causar tanta obscuridad; las piedras se quebrantaron, dándose unas con otras, para denotar que ninguna cosa, por dura que fuese, podría imaginarse que con aquel tan doloroso espectáculo no se quebrantase; el velo del templo se partió en dos partes; algunos de los mismos enemigos de Cristo que á ver este espectáculo habían venido, como el Evangelio dice, quizá para hartar sus ojos de lo que tanto habían deseado y no les había sido lícito hacer por sus manos, volvieron lastimados, dándose golpes en los pechos, de puro dolor y compasión. Pues si esto había en las cosas insensibles, en

el sol, sin tener conocimiento, que echase la capa encima de tanta crueldad como indigna que con ojos humanos fuese vista; si en las piedras hay compasión, si en los enemigos, más duros que piedras y más ciegos que las mismas tinieblas, que con hambre y sed insaciable de la sangre habían allí venido, ¿qué queda para decir? ¿Cuál sería el sentimiento de su misma Madre, sola, sin padre, santa, tierna, amorosa, en muerte tan cruel de Hijo tal y tan santo, tan obediente, tan inocente, tan bienhechor, tan caritativo, tan manso, y al fin Dios? Verdaderamente excede tanto á todo criado entendimiento, que el más agudo y desocupado puede tender las velas sin temor de llegar al cabo esta consideración.

Pero para encaminar á los que no saben considerar las penas que esta Señora padeció, pues es necesario para conocer cuánto son menores la suyas y para exagerar la paciencia que ella tuvo en ellas, de cuántos quilates era, será bien poner aquí alguna breve consideración. Lo primero, considera qué tal quedaría la Madre la hora que vio dar el espíritu á su Hijo, diciendo: ¿Esta manera aparta los hombres la muerte amarga? ¿Ay de mí, Hijo mío y Dios mío! ¿Dónde vais? ¿Por qué vais sin vuestra amada? Dejaisla sola, viuda y desconsolada, y ¿os vais solo sin ella? Llevais con vos un ladrón por haberos confesado con sola una palabra, y á la Madre, que tantos años y con tanto trabajo fué vuestra compañera, ¿la dejais sola y desacompañada? Estas y otras palabras decía la Madre, pero todá conforme con la voluntad del Hijo; porque, si el Apóstol deseaba morir y verse con Cristo, ¿cuánto más á su misma Madre? No de espanto ni temor como ellos, sino de amor, tristeza y reverencia. Dolíase de ver tratado tan cruelmente de los judíos aquel cuyo advenimiento hizo temblar el mundo, á cuya muerte mudaba la luna su curso, escondía el sol su luz; encendíase en amor del Señor, que, siendo Dios tan poderoso, holgase de padecer por hombres vilísimos tanto tormento y castigo tan afrentoso, y con grande humildad y reverencia, en nombre suyo y de todo el linaje humano, le daba infinitas gracias. Una de las cosas que más tormento le daban era pensar cuántos millares de hombres había de haber que no se aprovecharan de tan inestimable caridad y beneficio; pero en el párrafo siguiente trataremos un poco más de espacio de lo que sucedió.

§. III.

De lo que la Virgen padeció desde el punto de la muerte de su Hijo hasta la suya.

Acabada de salir aquella alma santísima de aquel cuerpo despedazado, quedó en él impresa la triste figura de la muerte; así como la ausencia del sol y de la luna deja la noche oscura y triste. Aquí se cumplió lo que los profetas dicen cuando en el Redentor hallan

fealdad, y lo que Esaías dijo: Vimosle como leproso, como maltratado de la mano del mismo Dios y humillado, y no le conocimos ni tenía figura de hombre. ¡Oh Señor, que criastes hermosos y de buena gracia á los ángeles y á todo lo criado! ¿qué es de vuestra hermosura? Hermosísimo Absalon, colgado del árbol de la cruz, no por vuestra traición, sino por la mía, ¡cuán otro parecéis es el vuestro agora de aquel que teníades en el monte Tabor! ¡Oh árbol de la vida, donde se coge la fruta madura con grandes trabajos, que ha de quitar la dentera que causó al principio la fruta verde y mal sazónada! Al pie de la cruz estaba la Madre de Dios afligida, acompañada de unas pocas mujeres tristes, que con sus lágrimas la lastimaban más el corazón; pero, como una tortolita, gimiendo con unos suspiros que encendían el aire, que, alcanzándose unos á otros, salían de aquel pecho afligido, con aquella modestia y gravedad que á Madre de Dios convenía, diciendo dentro de sí las palabras dichas y otras, y saliendo algunas fuera con la fuerza del dolor. ¿Qué culpas cometistes, bondad inmensa, para que tal os haya parado la justicia del Padre eterno? ¡Oh figura de la serpiente, levantada en alto en este desierto! ¡Oh arpa de David, estirada con las clavijas de hierro, cuán acordada música haceis en las orejas de Dios, que aplaca su ira contra los hombres! ¡Oh amado de mis entrañas! ¿cómo puedo decir que os amo estando viva, teniéndos muertos delante de mis ojos?

Pero destos dulces sentimientos la retiraba la solicitud cerca de la sepultura del Hijo, aunque había leído que sería gloriosa; pero, porque el cumplimiento de aquella profecía requería manos de hombres, no faltaba cuidado hasta verla cumplida. Pues cuando los carniceros allegaron, enviados de Pilato, á quebrantar las piernas á los ladrones, con escaleras y tenazas, martillos y destales, toda tembló la Virgen, temiendo y rogando á su Hijo que no permitiese en su santo cuerpo tal carnicería; pero, mientras ellos entendían en acabar con crueldad aquellos hombres, Longinos, centurion, á quien, según el Metafraste, se había encomendado la guarda del cuerpo de Cristo, llegóse cerca y abrió el lado derecho con una lanza hasta el corazón. Esta herida no la sintió el Señor, por estar ya muerto, pero bajó al corazón de la Madre á dar el golpe, el cual ella sintió más que otros, por haber quedado sola á lo sentir; y entonces vió puesto al sol de justicia, y escurecido con los nublados de la muerte, volver á flotar, al poner de la luna de su vida, aquella poca de agua y sangre, y luego comenzó á dar fruto en la tierra, pues los ojos secos de Longinos, según se dice, regados con aquella agua, reverdecieron y vieron la luz del cielo. La gloriosa Madre, deseosa de abrazarse con aquel santísimo cuerpo, que había salido de sus entrañas, y viendo que no le era posible ni tenía licencia ni escalera para bajarle, temiendo no la hallase la noche con este deseo, con una santa envidia que al santo árbol de la cruz tenía, le decía que bastase el tesoro que había alcanzado en verse bañada en sangre de su Hijo; que abajase los brazos y se olvidase un rato de la dureza y rigor que la naturaleza le había dado, para que ella pudiese alcanzar á gozar siquiera de aquel cuerpo des-

figurado. De donde la Iglesia parece haber tomado un verso de los devotísimos himnos de la cruz.

A este tiempo, idos ya los soldados, llegan dos hombres nobles, Josef y Nicodémos, con el remedio, cargados de escalera, tenazas y otros instrumentos para bajar el cuerpo santo, y de ungüentos y sábana y otras cosas para darle honrada sepultura; y podría ser que al principio fuesen causa de temor á la sagrada Virgen antes de conocer á la gente, aunque, después de conocida, se esforzó. En todo se hubieron con gran reverencia, ayudando la Virgen con gran dolor á aquellos últimos oficios y servicios del cuerpo que parió, pues ella habia entendido en los primeros sola. Hacen primero adoracion á la cruz, suben con una escalera, quitan la corona, cuyas espinas habian penetrado la santa cabeza, pegada en ella y en los cabellos con la sangre cuajada y llena de polvo, y al redoblar de los clavos causaban los golpes gran sentimiento; quitan el de los piés, y luego el de la una y otra mano; dieron clavos y corona á los que estaban abajo esperando para recibir los despojos; guardábalos la Virgen encomendándose, bañándolo todo con lágrimas. ¡Oh clavos, que habeis atravesado mi corazon! ¿cómo os atrevistes á romper la carne de vuestro Criador? ¡Oh clavos, que habeis sustentado al que sustenta los cielos, de vosotros ha estado pendiente el fiel peso de la justicia divina y el contrapeso del pecado del mundo! Oh corona de todas las coronas, que merecistes estar en la cabeza de la Iglesia! Oh espinas, que entrando por la santa cabeza, habeis llegado á lastimar mi corazon! Oh juncos, criados en el agua de la mar, y agora regados con la sangre y mar de misericordia de mi Hijo! Oh corona, que eres gloria y honra de los pecadores y verdugo de mi alma! Oh corona, esmaltada con esmalte de la sangre de que una gota vale mas que el cielo! etc.

Luego con la sábana bajan con reverencia el santo cuerpo, el cual á esta sazón espera la Virgen con los brazos abiertos para recibir aquella santa reliquia: cógela entre los brazos, haciendo con ellos un nudo ciego; siéntase en tierra y mete su rostro virginal entre las espinas que de la corona se habian despegado y quedaron fijas en la cabeza, juntando boca con boca, y mezclando las lágrimas con la sangre, comienza á lavar aquel rostro empañado. ¡Oh vida mia muerta, lumbre de mis ojos escurecida! Oh sol de alegría eclipsado! Oh rosa divina! ¿cuáles han sido las manos que así os han sobajado y marchitado vuestra hermosura? ¡Oh espejo claro y resplandeciente, en quien se miran los ángeles! ¿quién os ha empañado? Cercan todos el cuerpo, bañándole en lágrimas; llega la Magdalena, abrázase con los piés: ¡Oh piés de mi Redentor, que por andar á buscar esta oveja perdida os habeis lastimado con clavos! Llega san Juan, pone su boca en el costado: ¡Oh pecho divino y sagrado, archivo de los tesoros de Dios, de otra manera estáis agora que ayer cuando me recosté yo aquí! Oh cámara real, de donde yo fui secretario, que agora estais abierta, sin puertas ni cerraduras! Las Marias se entregan de aquellas manos de su querido sobrino, de quien tantas bendiciones habian recibido: ¡Oh manos, que con todo daban vista á los ciegos! Oh manos, que en tocando los leprosos luego quedaban lim-

pias! Oh manos, que de cinco panes de cebada sacaron hartura para tantos millares de hombres! Pero la Madre, abrazada con todo el cuerpo y ánima, le contemplaba mas en particular que todos. ¡Oh boca de mil gracias, de donde tanta suavidad de doctrina ha procedido! ¿quién os ha hollado? ¡Oh ojos piadosos, que con tanta misericordia miráades á los afligidos! ¿quién os ha quebrado? ¡Oh pecho divino, tan tierno para los pecadores! ¿quién os alanceó? ¿tanto os apretó el amor de los hombres, que, no cabiendo en el pecho, fué menester desabrocharlo con tan grande herida? ¡Oh lanzada y puerta de paraíso, por do se da entrada para el cielo! Oh ventana del arca de Noé, por do se ha de salvar el linaje humano! Oh manos largas para hacer mercedes al mundo, rasgadas con clavos, que hasta en esto quisistes ser maniroto con los hombres! Oh hermosísimo Josef! esta es la ropa inconsútil que sacastes de mis entrañas, ¿cómo la veo rota y ensangrentada? La fiera pésimas de la envidia la despedazó. Con estas y otras palabras mostraba la Virgen el sentimiento del corazon, contemplando y mirando lo que no habia tenido licencia de ver cuando se padecía: miraba cada llaga por sí, la sangre y cardenales, las puñadas, azotes, punzadas de las cañas y corona; las salivas, el polvo, los cuajarones de sangre, y principalmente contemplaba la llaga del costado, por donde veia lo que nunca habia visto: las entrañas y corazon de su Hijo. Pero, porque venia la noche del mundo sobre la que tenia la Madre y las devotas mujeres en el corazon, llorando sin descansar, que les fuerza á despedirse del Amado y darle sepultura, tiéndenlo aquellos varones en una sábana y cargan en sus hombros aquel racimo de la tierra de promision, caminan adonde estaba el sepulcro con un *Ne recordaris* de los pecados del mundo. Seguía la cansada Madre, acompañada con aquellas santas mujeres; los suspiros y sollozos se respondian unos á otros. Ponen al Señor en el sepulcro y encima una piedra pesada, que cargó sobre el corazon de la Madre.

Muchas otras cosas pasaron, y ellas y estas tienen mucho que considerar para entender el desconuelo que poseyó el corazon desta Señora; y aunque ninguna de las que en toda la vida la trabajaron fué semejante á las deste día, pero al fin se habian de trocar dentro del tercero, y en esto les hizo ventaja el día (aunque por otra parte alegre) de su gloriosa ascension, desde el cual quedó por muchos años del todo sola del Hijo que tanto amaba, y ya glorioso y sin sobresalto de verle padecer como antes; y si al pié de la cruz habia tanto sentido el trueque de tal Hijo natural con san Juan Evangelista, que tanto le era diferente y no le habia parido, pero hasta el día que subió el Señor á los cielos, no tuvo por qué echar de ver la baja deste trueque, porque ahí se tenia cuarenta días á su hijo glorioso, que cada rato la visitaba y consolaba; pero desde este día hasta su muerte le sintió, careciendo de la suave presencia corporal de su Hijo. San Agustin confiesa entre sus pecados que, muriéndosele un amigo, no se podia consolar mas que si su alma fuera divisible en dos partes, y le quedara sola una en las carnes y la otra le hubiera desamparado, y lloraba esto con tanta perplejidad, que no sabia si le pesaba con la vida, ó si se hol-

garia con la muerte hallando en todo inconvenientes nacidos de la pérdida del amigo. Cuando Elias subió al cielo, comenzó Eliseo á dar grandes voces: Padre mio, Padre mio, carro y carretero de Israel; que el sentimiento no le dejaba decir las razones enteras. ¿Qué tienen que ver Eliseo ni Agustino con la Madre de Dios ni los que ellos perdian, con su Hijo, que era su alma, vida y consuelo, su cabeza, su corazon, su luz, su rey y señor? No puedo entender sino que esta consideracion á solas le daba gravísimo dolor. Pues, si juntamos el que recibia cuando los apóstoles eran perseguidos, y los que confesaban la fe de su Hijo, martirizados con graves tormentos, ¿cuál seria el que sentia en su alma y cuando vió que los apóstoles quedaban aun con muchas rudezas y imperfecciones? Pues la larga ausencia que, segun el que menos cuenta, fueron doce años hasta su santa muerte, y otros mil trabajos que no se cuentan. No hay duda sino que ninguna persona fué tan trabajada en los hijos de los hombres después de su benditísimo Hijo.

§. IV.

De cuán graves fueron los trabajos de la Virgen.

Suelen algunos devotos de la Virgen, cuando tratan de sus virtudes y alabanzas, usar de muchos encarecimientos con poco fundamento, como si ellas tuviesen necesidad de sus quimeras para ser con ponderacion alabadas; con lo cual, y con muchos superlativos desacompañados de razones, antes hacen las orejas de los oyentes á creer que todo aquello es no otra cosa sino devocion y reverencia que se debe y tiene á la Madre de Dios, mas que rigor de verdad; y esta falta no está todas veces en el encarecimiento, que muchas dellas cabe todo él por grande que sea, y mucho mas en la alabanza desta Señora, sino en dejársela sin probarla con alguna buena razon ó conjetura. Agora en este párrafo quiero usar de una exageracion que lo parece y no lo es; lo cual se ha de probar con razones, y es una cosa que suele decirse de los trabajos de la Virgen, que fueron mayores que todos cuantos padecieron todos los mártires juntos; lo cual sin mas razon ó declaracion solo parece manera de encarecimiento, y que, venido al rigor de la verdad será dificultoso de averiguar y creer, por ver que los tormentos, especialmente de algunos mártires, espeluzan los cabellos con solo el pensamiento, como son muchos de los que en los discursos pasados se refieren; y tras esto, la muerte violenta que recibieron, que es la última de las terribilidades, como Aristóteles dice, la cual no padeció la Virgen, antes murió sin sentir los dolores de la muerte, como parió sin sentir los del parto. Pero, no obstante esto, está tan lejos de ser demasiado encarecimiento, que no igualan con mucho los trabajos de los mártires con los de la Madre de Dios, ni cuantos se han padecido en el mundo entre cristianos y gentiles y todas otras naciones; y hablamos aquí de la fuerza del dolor ó trabajo; que claro está que muchos otros padecieron muchos trabajos y dolores, los cuales no padeció esta Señora. Y esto verifica lo que san Juan Crisóstomo dice de los apóstoles y mártires, que padecieron mas cosas que el Redentor; entiéndese de algunos géneros de trabajos y tormentos, como tormentos de

cuerda, el fuego de san Lorenzo y otras cosas muchas que leemos haber los tiranos inventado para atormentar los cristianos, los cuales no padeció Cristo; pero, no obstante esto (como adelante se dirá, en el discurso que se sigue á este), ninguno llegó con muchas leguas á igualar con su santísima pasion, por las razones que allí se dirán. Así decimos de la Virgen, que, aunque otros padecieron muchos géneros de tormentos y dolores que ella no padeció, y esto por especial providencia de su Hijo, porque no convenia á su honestidad ni á la honra del Hijo que fuese azotada ni desnuda, como otras santas lo fueron, ni que fuese afligida con las torpezas y deshonestidades que á otras santas fueron ofrecidas, ni que los sayones tocasen á aquel limpiísimo y santísimo templo de Dios; pero que en los dolores que padeció, especialmente en el día de la pasion de su Hijo, fué mas atormentada que los mas señalados mártires en los suyos. Esto es lo que en este párrafo se pretende decir.

Y esto está claro, presuponiendo que tanto y no mas es el dolor que de una cosa tenemos, cuanto es el amor de la que se pierde ó lastima; de donde nace que los hombres no hacen tanto caso de la pérdida de la hacienda, cuanto de la honra ó la vida; y entre lo que es hacienda, lo que es menos sienten con mucho menos dolor que se pierda que lo que es mas; y cosa puede ser que la tengan en tan poco que poco ó ningun dolor sientan en perderla; y si acaso por alguna via tienen á lo que se pierde algun aborrecimiento, como á la sentencia en favor del contrario, en el pleito que traen, ó á la enfermedad, etc., antes reciben con la pérdida della mucho contento. Agora está clara la diferencia de los mártires á la Madre de Dios, porque ellos padecian en la cosa que mas aborrecian, que era su propia carne, á quien por el amor de su Dios tenían siempre perpetua y mortal enemistad y en perpetua penitencia y sujecion; por eso ninguna cosa podia en ellos hacer el tirano, que ellos infinitas veces no hubiesen deseado y procurado. ¿Qué quereis? ¿Cárcel? Como en estos encerramientos he yo tenido á esta enemiga. ¿Qué? ¿Azotes? Yo me los he dado y doy cada día. ¿Qué? ¿Hambre? ¿Qué es lo que yo he deseado y procurado, sino que mediante ella no se levante esta carne contra mí por estar regalada? ¿Qué es? ¿Tormentos y muerte? No hay cosa para mí mas deseada; porque en los tormentos el ser cosa mia me templaba la mano para dárselos, y la muerte no tuvo licencia de su dueño y señor para dársela; bendito sea Dios, que he hallado el cumplimiento de mi deseo. Así como cuando tiene uno un brazo podrido, que le va la vida en cortarle y no se atreve por no quedarse al medio camino, porque rehuye como es cosa suya. Y san Pablo dice que nadie tiene aborrecida á su carne; lo cual entiende de amor natural; y así, la mesma naturaleza le detiene la mano, le quita la fuerza, le escurece la vista y le enflaquece el ánimo; y así, para cortarse el brazo se hace atar, ruego, paga, y sobre eso agradece á un cirujano porque se le corte. Así hacia el mártir cuando hallaba quien le afligiese su carne, como para la vida y salud de su alma era menester, y para gloria de Dios; lo cual no solo no merecia nombre de tormento para ellos, mas antes gran contento; como

no podríamos creer de nuestro rey que, trayendo guerra con un rey infiel le pesase del mal suceso de su enemigo, pues ayudaba á la vitoria que él pretendia. Así los mártires, en la perpetua guerra que traen con tan importuna y perjudicial enemiga como es la carne.

Pero la Madre de Dios padecía, no en lo que aborrecia, sino en lo que mas que á las lumbres de sus ojos amaba, que era la persona de su benditísimo Hijo; y así, era el dolor sin excusa ni consuelo; y por eso, en lo menos que padecía eran mas graves los dolores, que en lo mas que los mártires sufrieron. Una cosa advierte un doctor digna de consideracion, y es que los que no se hallaron presentes á la compasion del Señor en su pasion, pasaron al cielo por martirio, como los apóstoles; pero los que allí se hallaron se les contó por martirio el dolor que allí recibieron, y murieron sin otro, como parece en san Juan, Santa Marta, la Madalena y san José, esposo de la Virgen, que san Agustin dice que entonces era aun vivo, y san Jerónimo lo da á entender y otros; ¿cuánto mas la Virgen, que con mas razon padeció allí mas que todos? Porque era hijo suyo muy amado con mil maneras de amor el que padecía. De aquí es lo que otro doctor devoto dice que, así como los santos mártires traen en las manos la causa ó instrumento de su martirio: santa Catalina la rueda de navajas, santa Apolonia las tenazas, san Lorenzo las parrillas, y así los demás mártires; así trae la santísima Virgen en sus imágenes el cuchillo de su dolor en los brazos, que es á su Hijo benditísimo, que fué toda la causa de su tormento y martirio, allende de otras razones.

Ahora resta una duda sobre lo que añadimos, que no igualaban con sus dolores de la Virgen, los trabajos que ha habido en el mundo de los gentiles y otras naciones; la cual nace de la razon con que averiguamos que los de los mártires no igualaban, porque ya que ellos, por lo que amaban á su Dios, aborrecian á sí mismos y á su propia carne; pero los gentiles, malos y malos cristianos vienen á quererse á sí mismos y á su carne propia tanto, que llegan por ella á aborrecer á Dios y á tener en poco sus hijos y haciendas, porque son ciudadanos de aquella ciudad de Babilonia de quien habla san Agustin, cuyos ciudadanos aman á sí mismos tanto, que llega este amor hasta despreciar á Dios. Y pues vemos que entre estos ha habido grandes trabajos y dolores, á lo menos no corre aquí la razon de los mártires, porque los sentían como cosa padecida en lo que mas aman en el cielo y en la tierra, mayormente que ha habido algunos riquísimos, poderosísimos y regaladísimos, que así de parte de lo padecido como del que padece, habrán sido gravísimos sus dolores. A esto se responde que, dado que haya habido y haya hombres que quieran tanto á sí mismos, que vengán por este amor á tener en poco á Dios, y con esto hayan padecido muchos trabajos, no ha llegado el amor que todos ellos han tenido á sí mismos con muchas leguas, aunque mayor haya sido, al amor que la Madre de Dios tuvo á su Hijo, como mas largo se verá en el párrafo siguiente; lo cual los que tibia y cortamente amamos á Dios, no podemos entender del todo; pero los que saben qué cosa es amarle con muchas veras y con fervor,

saben cuánta verdad es esta; pues si la medida del dolor es la misma del amor que se tiene á lo que se pierde y lastima, claro está que ninguno llegó á los dolores que la Virgen tuvo en la pasion de su Hijo, como ningún amor llegó al que ella le tuvo. Y así, queda siquiera abierto el camino para entender algo de la gravedad de las penas y dolores desta Señora, dado que cuáles y cuántas ellas fueron no podamos alcanzar ni apear del todo.

Aquí desea saber el contemplativo qué es la causa que, siendo la Madre de Dios tan querida de su Hijo sagrado, consintió el piadoso Señor que ella se hallase presente á su pasion y á los dolores particulares della. Como sea tan natural el amor y piedad de nuestras propias cosas, que muchas veces guardan los discretos dellas mas que de sus propias personas las ocasiones de algun fuerte dolor, como hizo un hombre noble que mucho amaba á su mujer, que, habiendo de recibir una dolorosa cura con fuego en cierta enfermedad suya, dió orden como se hiciese, no solo en ausencia de la mujer, pero que no lo supiese ni entendiese; porque, no siendo necesaria la presencia no es justo que reciba un dolor tan grave, que no seria tanto si ella lo padeciese. Fuera desto, aun cuando sangran á un enfermo, vuelve los ojos á otra parte por no ver herida aun tan ligera. Pues ¿por qué sin ser necesaria la presencia de la Virgen ordenó el Señor que no faltase á cosa ninguna de las mas dolorosas de su pasion, de donde habia de resultar tan grave tormento á un alma que tan sin culpa habia nacido y vivido como la de la Virgen? Respóndese que en esto se ve cuánto mas cuidado tiene Dios del bien del alma que del cuerpo de sus amigos, y como una de las cosas en que mas se esmera y muestra su amistad y amor paternal, es en enviarnos trabajos y ocasion de paciencia, á la cual responde tanto peso de gloria. Lo cual si supieran los que otro tiempo á esta palabra, el Señor sea con vosotros, respondieron, no preguntaran por respuesta: Si el Señor es con nosotros, ¿cómo nos han venido estos males? Porque antes por eso les habian venido. El bienaventurado san Juan Evangelista comienza su *Apocalipsi* con estas palabras: Yo Juan, vuestro hermano, compañero en la tribulacion y en el reino y paciencia de Jesucristo; porque el que quiere reinar ha de pasar por tribulacion, y el que dellas huye en esta vida, entienda que pierde no solo del fruto, sino de la semilla. Y si esto es así, justo era que donde habia mas amor que era con su Madre, se señalase en darle mas y mayores ocasiones de paciencia, cuales fueron las que tuvo en la pasion de su Hijo.

§. V.

De la paciencia que la Virgen tuvo en tan graves dolores y trabajos.

Declarado que son mayores los trabajos que la Virgen padeció que puede alcanzar nuestro entendimiento (pues fué un piélago dellos, derivado y nacido de otro infinito de los de nuestro Redentor, porque pensar que en un libro entero podrian recogerse los que en su vida padeció seria querer recoger el agua de todo el Océano en una escudilla, y para el intento deste libro, así como no es posible, así no es necesario ni seria muy

á propósito decirse todos, cuanto mas, que es de mucho mas provecho sacar algunos de los que no se escriben con la devota diligencia del propio pensamiento, fundado y guiado de la verdad del Evangelio y de los santos que escribieron algo á este propósito, agora resta ver lo principal deste discurso en esta última parte del, que es la paciencia con que los sufrió, pues esta ha de ser la labor que pretendemos sacar deste dechado. Y pues la señal de la verdadera paciencia en los trabajos es salir dellos sin ofensa de Dios, bien probada quedará la de la Virgen, aunque no se considere mas de lo que la santa Iglesia nos enseña y manda creer, que desde el día que nació esta Señora, hasta el día de su muerte no se halló en ella un pecado mortal ni venial; de donde queda llano que en todos sus trabajos tuvo perfectísima paciencia, que con este argumento probamos en su discurso la del santo Job, por lo que la sagrada Escritura dice, después de haber contado los mayores trabajos y lo que á ellos respondia, que en todas aquellas cosas no pecó Job, ni habló cosa desconcertada ni desatinada contra Dios.

Pero es bien considerar una cosa tan milagrosa como la que se ha dicho de la Virgen, que en tantos trabajos desde niña, en tantas ocasiones de ira, de melancolia, tantos disfavores del cielo, que á cualquier persona de su edad y de su sexo pudieran provocar siquiera á alguna palabrita ó pensamiento descaminado. Tengamos por fe que no le hubo en ella; porque, dejada aparte la pobreza en que se vió en el parto y para criar al niño, siendo Dios tan rico y comunicando sus riquezas con las bestias y con los bárbaros y pecadores, que hubiese ella de ganar por sus manos lo que el niño Dios habia de comer y vestir, era menester mucha fe y mucha paciencia; dejada tambien aquella confusion en que se vió preñada delante de su esposo, que podia ocasionar á demasiada melancolia y quejas contra Dios; dejada la huida á Egipto, teniendo Dios poder para remediarla sin tanto trabajo ni sobresalto, y otras cosas semejantes, que parece cosa milagrosa no perder la paciencia, y asimismo otras ocasiones; solo hablemos de la que fué verse al pié de la cruz donde su Hijo estaba colgado con tanta afrenta, donde todos, como cada uno podia, le atormentaban con befas, mofas, con afrentas, hasta los que con él padecian; y ver el cielo cerrado para lo que era dar favor á su Hijo, y el suelo indignado contra él, los apóstoles huidos, los judíos y soldados desgarrando sus carnes, y la Madre presente á todo, ¿Cómo tuvo paciencia para no hablar siquiera una palabra en su favor? ¿Qué mujer hobiera que, viendo maltratar á su hijo, no arremetiera como una leona á defenderle y á morir por su defensa, y sacar los ojos á quien le hiciese mal? Y de la Virgen no se lee sino que estaba allí en pié, ni se dice que habló palabra á todas cuantas cosas vió por sus ojos y oyó por sus oídos, tan inhumanas y crueles. Cuentan los historiadores que entrando de vitoria el rey Ciro en una ciudad del rey Creso, vencido de su gente y cautivo, un soldado, no conociendo al rey vencido, alzó la mano y alfange para matarle, y un hijo del Creso, mudo desde su nacimiento, viendo en su presencia alzar el alfange al soldado para matar á su padre, fué tanta la alteracion y la fuer-

za del amor que á su padre tenia, que antes que el soldado descargase el golpe, como reventando, alzó la voz que la naturaleza le dió en aquella tan súbita y justa ocasion, y dijo: No mates á mi padre. Tanta es la fuerza del amor, que hace milagros, da habla á los mudos, á quien la naturaleza, madre de todos, la habia negado.

Este caso hace mas milagrosa la paciencia de nuestra Señora, porque, comparado el amor de aquel mudo, que con su padre tenia con el que la Madre de Dios tenia á su Hijo, es comparar un grano de trigo con un monte, porque no hubo cosa en el cielo ni en la tierra tan amada de ninguna criatura cuanto lo fué el Hijo de Dios de su Madre. Lo cual parece claro si consideramos tres maneras que hay de amor, que en ella fueron halladas en supremo grado cerca de su Hijo. El primero es amor natural, el segundo se llama adquisito, que con la continua costumbre y conversacion adquirimos; el tercero es infuso de Dios en las almas, para amarle á él y al prójimo por él, segun aquello que san Pablo dice: La caridad de Dios se infundió en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos fué comunicado. Con el primer amor, que es natural, aman todas las criaturas á su Dios mas que á sí mismas, porque, como es natural á todas las criaturas animadas y no animadas (como Ciceron advierte y la experiencia enseña) conservarse en el ser, mayor y mas natural es en todas ellas la inclinacion á amar aquel ser divino que todas las crió y todas las sustenta y conserva, y de quien dependen, que el estudio y diligencia de conservarse á sí mismas; en tanto que, si Dios pudiese padecer algun daño ó detrimento, todo el mundo permitiria antes acabarse que consentir semejante caso, como vemos que el brazo naturalmente se pone delante de la cabeza cuando ve venir algun golpe sobre ella, á recibirle en sí, porque de la conservacion de la cabeza depende la del brazo, y todas las cosas se ponen á la conservacion del universo, aunque ellas se pongan á peligro. Así lo hacen las criaturas por su cabeza, que es Dios. Por lo cual se lee, que en el fin del mundo todas las criaturas se armarán para tomar venganza de los malos que en esta vida ofendieron al Criador de todo. Tambien es amor natural el que todos los animales tienen á sus hijos, aunque sean las fieras, que no parece que cabe en ellas amor. El amor adquisito que tenemos á Dios ó á las criaturas, se despierta y se cria y crece con el trato y conversacion y otros ejercicios de amistad; y el infuso viene del cielo, segun aquello que san Pablo decia.

Ahora veamos cuánta ventaja haga la Virgen á todo el mundo en estos tres amores. En el primero (fuera de aquella general razon, que es ser su Hijo Dios, á quien todas las cosas aman mas que á sí), tiene con excelencia la otra particular, que es ser Dios su Hijo, la cual ninguna criatura en el cielo ni en la tierra tuvo ni pudo tener sino ella; porque, ¿cuál de los ángeles pudo decir á Cristo: Tú eres mi hijo, como lo pudo decir ella? Pues cuán poderoso y fuerte sea este amor para con los hijos en todos los que los tienen, poca necesidad hay de probarlo, pues no hay animal tan fiero que, aunque tenga al hijo feo, torpe y ponzoñoso, no